



la hermana de Managua

Mi abuelo, el viajero, nos contaba su visita a Pompeya y nos prestaba a los nietos, con muchas recomendaciones, su mágico estereoscopio que nos permitía ver en su relieve, como si la fotografía nos transportara al propio sitio, las famosas ruinas de la ciudad que destruyó el Vesubio. Cuando trato de recordar mi visita a Managua destruida por el terremoto del 31, se me entrecruzan esas fotografías del abuelo, y mis lecturas, a escondidas, de "Los Últimos días de Pompeya" de Bulwer Litton, cuando me enamoré imaginativamente de Nidia, la dulce cieguita pompeyana, atrapada por la doble oscuridad de sus ojos y de la ceniza de aquel apocalipsis.

Ahora cae una tenaz llovizna sobre la ciudad desenterrada y en este ambiente gris de sueño otra vez me confundo, y no sé si soy el niño que mira Pompeya a través del estereoscopio de su abuelo, o el viajero de 1974 que, traumatizado por los escombros de Managua, hubiera preferido pasar de largo este melancólico paisaje italiano rescatado a la muerte. Durante siglos se acumuló ceniza y tierra sobre esta ciudad sepultada; se olvidó su existencia, y los campesinos que sembraban año tras año sus granos, ignoraban que debajo de las raíces del pan dormían Foros y Anfiteatros, Termas, Casas, Tiendas con sus bodegas llenas, mercados, templos, frescos y pinturas de intensos colores y sorprendente estilo, cuerpos conservados por la lava en la posición última en que los sorprendió el gas letal del volcán: centinelas de pie, amantes haciendo el amor en sus lechos, familias huyendo, niños llorando. Lo que cubrió el volcán, como si fuera el dios del olvido, lo descubrió muchos siglos después la Arqueología y gracias a esa interrupción del tiempo, gracias a ese sueño bajo la lava y el tiempo, pudo reconstruirse con datos exactos una enorme porción de la historia del Imperio Romano. En la memoria del hombre sucede algo parecido: Hay recuerdos a los cuales nos aferramos, recuerdos que queremos conservar en nuestra conciencia y q' sin embargo, se nos esfuman, se nos gastan (a veces hasta los rostros de seres queridos nos cuesta evocarlos y cada día se tornan más borrosos), en cambio, recuerdos que quedaron sepultados durante años en el subconsciente, surgen de pronto nítidos, indelebles, al conjuro de un olor, de un sabor o de cualquier toque inesperado. El arqueólogo es como el siquiatra de la historia: nos descubre su subconsciente. (Cuando se descubrió León Viejo, —la ciudad de Pedrarias—, ¿quién no sintió que la piqueta del arqueólogo, como la investigación de un psiquiatra, había llegado al subconsciente del somocismo? ¿Qué es el poema "El Estrecho Dudoso" de Cardenal y el prólogo de Coronel Urtecho, sino la expresión de ese subconsciente histórico q' vincula dos tiranías, en cuyo ocaso sucumbieron nuestras dos capitales?.....

Con estos pensamientos voy recorriendo la ciudad vacía y silenciosa. Mi imaginación trata de colocar —en el escenario de esta función suspendida— los personajes de la obra: En las treinta y cinco graderías del hermoso anfiteatro, imagino la rugiente plebe, agitando pañuelos para pedir la vida (¡Mitte! ¡Mitte! ¡despidelo!) de un gladiador pompeyano vencido por un foráneo. (Por ahí queda un epitafio en la tumba de un gladiador que, muerto por un rival a quien él había perdonado la vida en un combate anterior, envía de ultratumba, a sus colegas, este consejo práctico y atroz: "Que mi suerte os sirva de enseñanza. ¡No deis cuartel al vencido, sea quien sea!: moneo ut quis quem vicerit occidat.) Más allá imagino a los nobles y ricos burgueses, precedidos por un ostentoso cortejo de esclavos, encaminándose a las termas. (¡Sólo en la actual civilización americana, con su pasión colectiva por las piscinas, ha vuelto a establecerse un culto social alrededor del agua y del baño como en los tiempos del Roma y sus termas!). Entro luego a la casa llamada "del Banquero" y

me imagino a Lucio Cecilio Jocundo, con su rostro entre receloso y bonachón, mirada oblicua, fiscalizando al esclavo que anota en la tableta un préstamo; al liberto que hace un cálculo con el ábaco; a los esclavos que cuentan y clasifican monedas; al otro liberto que ajusta cuentas a un pobre deudor en mora. Al fondo de la amplia sala, llena de ruidos y movimientos como en un banco de hoy, está el gran nicho de gruesas puertas donde guarda, en un arca de bronce, las innumerables tabletas de sus operaciones.

Nunca sospeché Lucio Cecilio Jocundo, que estas "tabulae" o tablillas serían conservadas por la lava, a través de los siglos, para revelar al futuro sus negocios.

Allí quedó, resumida, su historia: recibos, pagarés, recibos, pagarés. ¡Triste cosa cuando de la memoria de un hombre sólo quedan números!

Cruzo varias cuadras, me alejo hacia el Foro y me encuentro en un dédalo de calles estrechas y de pequeñas casas o tugurios —las "tabernas" de los romanos— donde trabajaban, exponían sus productos y vivían apiñados, pequeños comerciantes, artesanos con sus talleres, pulperías, coyotes, revendedores, etc. Podemos imaginar —por algunas pinturas que conserva Pompeya— el trajín de esta calle, su bullicio, el sofocante apretujamiento de las familias reducidas a un cubículo en la trastienda, el humo de las cocinas, los compradores pidiendo rebaja, y, como temibles abejas madres de aquel panal, los tábanos, los cobradores, que para apremiar a los deudores morosos "percludere inquilinum", sitiaban al inquilino enlavándolo con su familia en la "taberna" hasta que el hambre o la desesperación los obligaba a pagar.

La lava protectora del Vesubio nos permite también leer —como si los hubieran escritos ayer— los famosos "grafitti", de la plebe romana: los letreros con q' marcaban en las paredes sus odios políticos, los ¡Mueras! al César o a su Comandante, los epigramas de algún famoso satírico que así encontraban publicidad; la frase pornográfica del estudiante obsesionado por el sexo; y hasta la resuelta declaración femenina de una admiradora del gladiador de moda.

Ahora entro a la pequeña casa de un poeta llena de estatuas y bellas pinturas. En su sobriedad y belleza la casita del olvidado cantor no deja mal parado al gremio de los poetas! —En cambio, cuando unas cuadras más allá, entro a la acicalada mansión de los Vestii—dos hermanos solterones, ricos y homosexuales— respiro un aire de decadencia. Las mejores pinturas murales de Pompeya se admiran aquí: pinturas de un sorprendente estilo "impresionista", pero nos asedian los "amorcitos", niños efebos desnudos jugando a oficios domésticos, amorcitos con ánforas, amorcitos con delfines, amorcitos imitando a Venus en su concha marina... Y al fondo de la casa, la habitación reservada al vicio nefando, decorada toda ella con procaces escenas pornográficas. Salgo a la calle y entonces me fijo que en el portal, como una enseña, los hermanos Vestii han colocado un falo. Por allí salían, depilados y perfumados, los hermanos maricones. Y el poeta de la otra calle escribiría: "Sospechoso es para mí/lo bien que sueles oler/Vestii, pues huele mal/el que siempre huele bien".

En Puerta Marina, la primera casa pompeyana ha sido convertida en un pequeño pero rico museo (Lo mejor de lo encontrado en Pompeya se encuentra en el Museo de Nápoles). Me entretengo en mirar la infinita cantidad de cosas que usaban en su vida diaria el hombre y la mujer romanos en el primer siglo de nuestra era. Desde las agujas de marfil y las toscas navajas de rasurar importadas de España, hasta los braceros, cijos, ánforas, balanzas, tenazas o armas. El hombre es un incesante creador de instrumentos. De pronto, en un rincón descubro una presencia angustiosa. Es el cuerpo de un hombre en cuclillas que

aprieta desesperadamente a su nariz un pañuelo. La garganta tensa, los ojos desorbitados dicen, sin palabras, que ese hombre murió (y sigue muriendo) de asfixia. En esa posición lo envolvió la lava. En esa posición lo recuperó la arqueología. ¿Será éste Plubio Próculo, el panadero, cuyo humilde retrato estaba pintado en una pared de su casa?

No puedo quitar los ojos de su impresionante suplicio y sobre su posición arrinconada y sobre sus rasgos desesperados mi memoria coloca la fotografía de Braulio Carrillo, el zapatero de Managua, encontrado muerto bajo los escombros en análoga posición, con un trapo apretado a la nariz, asfixiado no por el gas letal sino por el polvo. Plubio o Braulio, la muerte borra los nombres para entregarnos la "eterna historia" del hombre. Me imagino su diálogo:

—Hermano (dice Plubio), supongo que al progresar el mundo tú no tuviste mis dificultades. Que no viste llegar con angustia el vencimiento de los plazos y la figura del tábano cobrador, ni el descaro del rico ofreciéndote perdonar si le dabas a tu hija; ni te humilló el esclavo del millonario llevándote al tribunal porque estabas en mora. Aquí los "humilliores" (los pobres) tenemos un refrán: "Vale más ser esclavo de rico, que ciudadano libre pobre".

BRAULIO- Como tus plazos, mis plazos y como tus tábanos, mis tábanos. También entre nosotros vale más ser criado de un Coronel que jefe de un taller.

PLUBIO- ¿Los cobradores del alquiler de tu casa te encerraban y te sitiaban por hambre?

BRAULIO- Usaban otra técnica, me lanzaban del cuarto, los muebles en la calle.

PLUBIO- ¿Y los "honestiores" especuladores te subían el precio del trigo y de los alimentos?

BRAULIO- Encontraron el nombre de "inflación" para encubrir ese robo coercitivo de los de arriba que nunca permite al trabajador, por más que trabaje, que su salario cubra su presupuesto.

PLUBIO- ¡Pues no ha pasado el tiempo! Y dime ¿viste pasar por tu calle a los

Vestii, perfumados, cubiertos con túnicas de finísimo lino de oriente, transportados en literas por docenas de esclavos tan lujosos como sus amos? ¿Sabes de dónde sacan su dinero? De la usura, de la amistad con los políticos y de las lágrimas del pobre.

BRAULIO- No vi pasar a los Vestii pero sí el flamante carrizo de otros que viven de la usura, de la amistad con los políticos y de las lágrimas del pobre.

PLUBIO- ¿Escribiste desesperado en la pared, en la noche "Abajo la tiranía", y el ojo del espía te vio y te cargaron de grillos en la cárcel?

BRAULIO- Escribí en la pared ¡Muera Somoza! y un oreja me delató y me llevaron a culatazos a la chirona.

PLUBIO- Y en tu tierra ¿conocieron la República, que nosotros añoramos?

BRAULIO- En mi tierra conocimos la República, pero ahora se ha instalado al cesarismo.

PLUBIO- ¡Por Júpiter, hermano Braulio! ¡Pues no ha pasado el tiempo!

Oigo entonces la voz de un empleado:—"Señor, su grupo y su guía hace rato se fueron". Salgo rápido y me encuentro con un sol napolitano (¡Oh sole mio!) brillante y jubiloso. Pompeya la muerta se acerca aún más a su hermana Managua. Sólo que aquí los que huyeron, huyeron. En cambio nosotros ni nos fuimos, ni nos quedamos. Managua delata en su reconstrucción esa indecisión de país sin cabeza. La ciudad apiña sus "centros de compra" y de comercio al lado de las sobrecargadas carreteras y pistas (como "comején en bejuco" decía un campesino), como si fuera una población viajera, que ni se queda ni se va, pero que prefiere garantizarse la salida. Ni tuvimos la plantación japonesa de quedarnos en el mero cráter, ni la decisión brasileña de construir una Brasilia enteramente nueva. Nos quedamos sin pasado (ni siquiera para la arqueología), pero tampoco planificamos un futuro. Ninguna arqueología rescatará mañana la historia de un "Plubio". Pero tampoco hacemos nada por construir para el pueblo los sueños de un Braulio.